

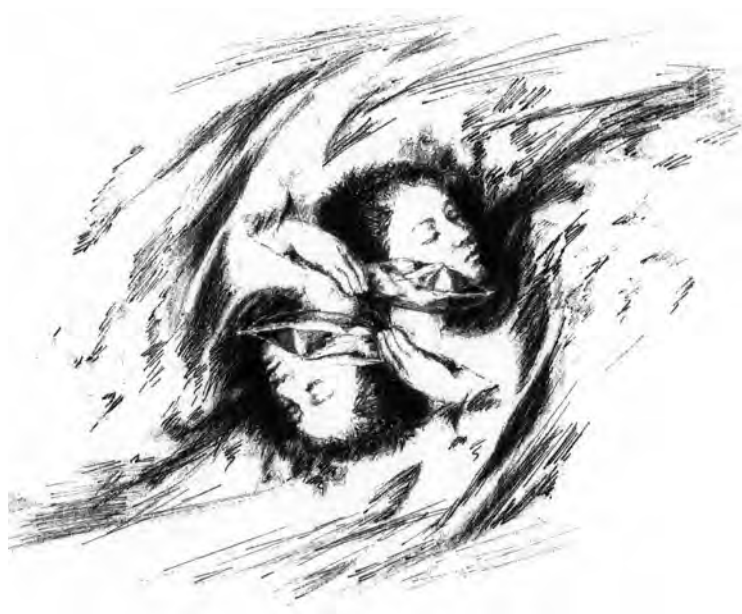
Me dijeron que tuvo corazón en su quilla
y en la proa arrogancia
frente al mar irascible, que con ella
un hombre fue abordando las jornadas
mientras trenzaba sueños
con hilos de cariño sin distancia:
Un marinero anciano, con guedejas
de reflejos salinos en su barba,
al que fui presentado
en la misma cantina esa mañana.

En sus ojos hablaba la nobleza.
Luego, cuando las alas
de la amistad nos esparcían su brisa,
en un rincón que invita a la palabra,
me relató una historia..., parecía
como la misma mar:

profunda,
pero amarga.

Deshojadas las fechas, el recuerdo
aproxima su imagen, ya lejana:
ecos de mar y amor que entre los dedos
modela la nostalgia.

LA INFANCIA



LA MARCA DEL DESTINO

Una concha por cuna,
y de canción de nana
arpegios de las olas
con sonidos de espuma
arrullando ventanas
o el susurrante tono
que alguna caracola
a su oído derramaba
en tiempos candorosos
de asombro en la mirada.

Mucho antes a ese agua
de símbolo cristiano
que se hizo ritual
sobre su delicada
cabeza de azahar,
estaba ya trazado
bajo su piel, quizá
con forma de tatuaje,
el rumbo inalterable
de una vida en el mar.

Antes de que a su lengua
dieran — cristal de llanto —
la sapidez intensa
de mares agostados,
y cubrieran su cara
con los blancos encajes
que bordan, garzo y plata,
las ondas en el aire,

tuvo la mecedora
acogedores ritmos
de barcos en el agua
—cadencia de gaviotas—
definiendo el camino
que transitó su infancia.

